

ridículo al mismísimo Apolo. Encontró que (quien más quien menos) todos eran enanitos.

Descubrió en su propio cuerpo a la única pareja digna.

A partir de entonces se entretuvo proyectándose continuamente en el espejo, con la cabeza bien alta, la desnudez bien rígida, los músculos hinchadísimos.

De tanto como los hinchaba, llegó un día que hicieron una explosión descomunal. El forense de Malibu Beach dictaminó un infarto de musculatura.

Le enterraron en el cementerio de Westwood. Y Nuria Espert, que se hospedaba en la vecindad, le llevó una corona de geranios rutilantes. Comentamos que, el pobre titán, había muerto en la soledad más absoluta.

Parelladeta, febrero de 1975

UNA SEÑORA DE TODA LA VIDA

Vestía con distinción extrema y un punto de atrevimiento en el escote bañera. Tal vez por ello sus compañeras de *bridge* aseguran que es extremada. Madura, sí, pero dentro de aquel buen ver propio de una merluza en perfecto estado de congelación, con su esbeltez de casta engalanada a lo clásico con el estilo Chanel o acaso Balenciaga o Pedro Rodríguez. Movía las manos con un señorío excepcional, propio de quien fregó pocos platos a lo largo de su existencia patricia, y lucía una cierta displicente autoridad al dedicar a la doncella aquel «puede usted salir, yo misma retiraré el servicio de té». Y en un determinado momento de nuestra conversación suspiró en profundidad y estrenó un lamento:

—Señoras, lo que se dice señoras, ya vamos quedando muy pocas, *mon ami*.

—Sí, señora. Señora, sí. Señora.

Las arrugas del *gaznate*, que alguna lengua viperina querría atribuir a una momia de la XVIII dinastía, estaban disimuladas con gran propiedad bajo varias vueltas de perlas. Los dedos, largos y esbeltos, de uñas modeladas a la manera de un *stiletto* veneciano, estudiaron piano en alguna ocasión y lo han tocado en

otras. Y en sus ojos de gran madama —ojos sumamente barceloneses— brillaba la satisfacción y la paz de los negocios que jamás dejaron de prosperar. Un marido de muy buen ver (sienes plateadas, colonia francesa, corbatas de Ginebra y zapatos italianos) procuraba con sus sillones presidenciales en dos o tres bancos que el señorío de la patricia no llegase a desaparecer.

—La nena mayor, la Carmesina (así la bautizamos, en honor del Tirant), la nena, digo, ya es muy señora...

—No sabría dudarlo, señora.

¡Cuánto arte en su forma de remover el té, con una cucharilla de plata del *Grand Siècle*, no tan fina sin embargo como sus dedos-*stiletto*! ¡Cuánta exquisitez en la modulación de cada palabra, qué armonía en esa sintaxis que va configurando su monólogo al modo de una preciosa crestería de rubíes y esmeraldas!

—En cuanto al nene mayor, Ramon (así le bautizamos, en honor a Lull, como es notorio), el nene, digo..., ¡ah, debería usted conocerle!

—¿El nene también es muy señora?

—¡Terenceeeee, *mon ami*! ¡No cambiará usted nunca! *Jamais, mon doux*! El nene, sépalo de una vez, nos ha salido intelectualísimo. Adivine usted a quién lee...

—¿Quién podría saberlo, señora?

—*Devinez, devinez...*

—¿Tal vez a Foucault, tan de moda?

—¿Bromea usted? Lee a Mercedes.

—¿Rodoreda? —aventuré.

—Salisachs, amigo. ¿Qué se había creído?

—Admirable. ¿Acaso su hijo se esfuerza por ser filósofo?

—Ah, sí. Aunque, naturalmente, dentro de un orden. Ha escrito unas meditaciones que puede leer sin rubor cualquier patricia de alta cuna.

—Aplaudo en usted, madama, a lo mejor de nuestra burguesía ilustrada.

—No me obligue a estrenar un sonrojo. Déjelo. La modestia

no será un rubí, no será un brazaletes de Cartier, pero es una florecilla sumamente apreciada por quienes somos, como usted y yo, bien nacidos... —Sacó polvo al broche e imitó a Conchita Montes al decir—: El nene es un *fin de race*, como usted habrá podido adivinar. Hoy en día, cuando la clase se está perdiendo de manera alarmante...

La recuerdo paseando su tedio por el salón de los espejos del Liceo, en plena representación, mientras en el escenario se esforzaba alguna soprano wagneriana únicamente escuchada por los pobretones del quinto piso. O acaso la rememoro dormitando en el palco familiar (varias generaciones de burgueses ilustrados), dándose a la modorra con aquella elegancia, aquella dignidad que han de permitirle despertarse a tiempo para aplaudir la música que nunca escuchó, más preocupada en ensayar la sonrisa que ha de convertirla en reina del inmediato entreacto. Vestida con austero terciopelo negro y, en la solapa o entre los pliegues del escote, una flor roja de suave terciopelo, exaltación máxima de una elegancia que también se pierde, la recuerdo presidiendo, junto a otras madamas barcelonesas, las mesas petitorias de, qué sé yo, el cáncer, las criaturitas de Biafra, esta o aquella inundación de comarcas infaustas. Espléndido ejemplo, ella, de esa caridad que nunca sobrepasa la medida justa, ya que hacerlo sería humillar a los humildes, y ¿qué sería de la elegancia si se basase en tal salida de tono?

—¿Y el otro nene? —pregunté—. Aquel a quien bautizaron Pompeu en honor del señor Fabra, supremo ordenador de la lengua catalana.

¿Qué dije, dioses, que su rostro augusto, galaplacidesco, excelsa reminiscencia de tantas porcelanas escoñadas, dejó asomar un amago de tristeza, como una menstruación del ancestral honor?

—A Pompeo ni le veo. Y usted sabrá perdonarme el ripio involuntario.

—Tal vez un acto fallido, madama.

—Non meneallo —dijo la matrona—. Ustedes los excéntricos..., *je m'excuse...*, quise decir los escritores..., ustedes nunca

podrán imaginar las cruces que tenemos que soportar las señoras de toda la vida cuando esa sublime semilla que el hombre *comme il faut* depositó en nuestras entrañas...

—... unas entrañas *comme il faut* —precisé.

—No lo dude. Hay entrañas y entrañas. ¿Por dónde iba? —Volvió a transfigurarse, cual Hécuba de la Diagonal—. Ah, sí: Pompeyín. Sangre de mi sangre. Y, con todo, tal vez indigna. Acaso, acaso... ¡bastardo!

—¡Señora!

Alarmada por el alcance de sus afirmaciones, miró a su entorno, abundante en prestigio y objetos de plata que la protegían del mundo exterior. Pero no de sus espías: ¡podía haberla oído alguna criada!

—Y nos veríamos negros para echarla —se quejó—. Las otras tres y la cocinera se solidarizarían y me montarían una huelga. Como puede ver usted, desde que murió Franco la gente de orden tenemos las manos atadas y bien atadas...

Pronto renunció a la sociología para mejor afirmarse en su propio drama. Preparó, histriónica, una voz corifea concienciada:

—Pompeyín se escapó de casa... ¡con un griego!

—¡No!

—¡Sí! ¡Sí! Y no piense en un griego de bien, de cuando los coroneles, un griego como los que recomendaba Josep Pla. ¡Todo lo contrario! ¡Es un griego melencólico y de la cáscara amarga!

Una furtiva lágrima regó aquellas mejillas delicadas. Mas no tardó en recuperar su fina estampa. El estoicismo de una Porcia le ayudó a retomar aquellos modales patricios que cualquier catalana debería considerar un ejemplo o una lección.

—El problema no es que se acostasen juntos o que hiciesen ciertas guarradas... ¡Si todo hubiese quedado en casa! ¡Si a lo máximo se hubiesen limitado a magrarse en el retrete del Liceo (retrete, sí, pero de abolengo)! El problema, amigo, es que fueron a pecar al Portugal de la revolución aquella...

—¡Señora! ¡Menuda hiel para usted!

—Pusieron un puestecillo de claveles rojos en el centro de Coímbra, amigo mío. Pero le ruego que guarde el secreto. La yaya (la mamá de mi esposo, pero todos la llamamos la yaya) no sabe nada.

—Seré un sepulcro, señora. Me hago cargo de su dolor y admiro su entereza.

—Como puede ver, soy una madre mártir... Y sin embargo una mártir que, desde lo alto de su cruz, suplica ayuda.

Intuí una estrategia burguesa para sacarme dinero.

—Permítame que le diga, señora, que no tengo un puto duro.

Adopté un aire defensivo, de verdulera que mira los cinco céntimos.

—El duro nunca es puto, amigo mío. Bendito sea. Y con todo, insuficiente para hacer regresar a Pompeyín al hogar de los ancestros. No han valido ofrecimientos, créame. Mi esposo, tal vez imitando *La dama de las camelias*, ofreció al griego un cheque de cantidad respetable para que dejase a mi hijo. ¿Sabe qué le contestaron los dos? ¡Si usted supiese, amigo mío!... —Enmudeció. Recuperóse. Apuntaba un llanto bastante miedoso—. Pues con el puño en alto contestaron: «Hacia Marx por el ano.» ¡Mi pobre Jordi regresó de Atenas con medio infarto! Lo internamos en la Mutua (un ahorro siempre será un ahorro). Y en su delirio, gritaba: «¡No pasarán! ¡No pasarán!»

La dejé apoyada en el ventanal sobre cuyos cristales iban a romper lluvias tenues; la dejé, sí, convertida en imagen lacerada de nuestras esencias más genuinas; de ese señorío catalán que no podemos dejar perder, pues aseguran que nos va en ello nuestro devenir colectivo.

Ignoro cuántos días transcurrieron hasta que Arrigo Majó y yo decidimos una excursión a Grecia, más o menos ortodoxa. Fue entonces cuando mi amiga, señorona de toda la vida, me envió un *bristol* que me invitaba a té (un té particularmente agudo) con la excusa de un encargo que quería confiarme, pues me desplazaba a las tierras donde residía el hijo pródigo. Era eviden-

te que invocaría la ayuda a la cual se refirió días antes, desde lo más alto de su cruz de madre.

El recado era contundente: si el mariquita de Pompeyín había sido capaz de olvidar tantas obligaciones de casta, moral y fortuna, acaso allá en el fondo de una nobleza de cuna que no puede borrarse tan fácilmente podía quedarle un mínimo de piedad por aquellos padres que agonizaban de pena en un piso de la Diagonal; aquellos padres para quienes los objetos de plata, las joyas depositadas en el banco, las porcelanas del vestíbulo e incluso la soberbia mansión de la costa, habían perdido todo brillo, todo esplendor, toda su formidable confirmación de seguridad. El ruego de que yo era depositario decía muy expresivamente: «¡Vuelve al hogar!» Y ni la peseta, siempre tan venerada, podía disimular tanto dramatismo.

Lo primero que hice al llegar a Atenas, en una tarde muy llovida, fue telefonar al vástago Pompeyín. Nos citamos para el día siguiente, en su estudio situado detrás del Estadio, según se anda hacia el Museo de Arte Moderno.

Contradicciones atmosféricas del Ática invernal, que ya me habían sido anunciadas por los expertos: la lluvia de anoche, incluso la de media hora antes, podía convertirse en un sol deslumbrante, amagos de primavera fortuita que me permitirían sentarme en la terraza del café Toulouse-Lautrec y observar el guirigay, en absoluto clásico, de la circulación que llena la Plaza Sintagma. Y esta constatación de lluvia y sol serviría muy poco a los intereses de mi narrativa si no justificase que un soldado yanqui de la mesa contigua a la mía llevase una primaveral pamelita en lugar del clásico impermeable. Se equipaba, eso sí, con una sombrilla que pudiese hacer las veces de paraguas.

El almuerzo a que Pompeyín me había convocado se desarrollaría a una hora completamente avanzada, de lo cual deduje una cierta informalidad en sus costumbres. Intuí que empezáramos a almorzar cuando los atenienses se encontraran ya en plena digestión (comprensible, por otro lado, si pensamos en la imposi-

bilidad de digerir la comida griega al mismo ritmo que la de otros países). También intuí el dolor de su madre si llegaba a saber que el doncel comía tan fuera de horas. «¡Cuarenta minutos antes del té!», exclamaría. Y un consiguiente desmayo demostraría, por metáfora, la crueldad de los hijos.

La excelencia del tiempo ya explicaba a mis ojos cualquier intento de justificar a Pompeyín por su decisión de quedarse a vivir en aquel país. Si el tópico turístico se empeña en demostrar que Atenas es una ciudad fea, el esplendor recién estrenado en el cielo se empeñaba en negarlo a cada momento y por muchas razones. Por lo menos así era en los rincones y momentos que escogí para ir haciendo tiempo. Me paseaba por los jardines del palacio real, visitaba con el mismo placer de siempre las columnas del templo de Zeus, reposaba sobre alguno de sus tambores yacentes para contemplar, allá a lo lejos y allá en lo alto, el espectro de la Acrópolis, blanqueada por un sol cenital...

... hasta que se me hizo evidente un runruneo en los intestinos, advertencia de que podía desmayarme de hambre.

Esperaba que, llegando al piso de Pompeyín un poco antes de la hora señalada, contribuiría a informar, sin decirlo, de que incluso para quienes no somos *gourmets* la comida puede constituir una necesidad cotidiana y hasta urgente. Ignoro si su madre, señorona de toda la vida, me disculparía por aquel adelanto. Pero pensé que el nene, a quien intuía «informal», no iba a reprochármelo.

Detrás del Estadio, por cuyas pistas hoy reconstruidas debieron de exhibir potencia y genitales los atletas más indómitos de la Gran Atenas, estaba la casa entre cuyos muros escondía Pompeyín su exilio y su pasión. Ningún atributo especial en el exterior: la típica casa de vecinos, moderna y aséptica, en los barrios burgueses de extramuros. Sería también el ático convencional de dos estudiantes con posibles.

Llamé. Esperaba en el rellano cuya ventana brindaba una vista del monte Licabetos. Tardaban en abrir. Pero la espera no se debía a la ausencia de los propietarios, pues en el interior sona-

ba música de jazz y, de vez en cuando, unos pasos apresurados. Así fue pasando mucho rato hasta que sonó una voz tras la puerta y, después de un «parakaló» ritual, pregunté yo, en inglés, si habitaba allí el mancebo Pompeyín.

—Es aquí —contestó una voz de acento y deformación barcelonesa—. Soy yo.

Abrió y me hizo pasar a toda prisa, para poder cerrar la puerta en un segundo, pues iba completamente desnudo. Su cuerpo revelaba varias delicias a la vez: era un poco andrógino, demostraba una perfecta alimentación y proponía la suavidad de la piel propia de una burguesía que siempre cuidó las mejores formas.

—Pues ¿no quedamos para más tarde? —proclamó, severo, mi lindo huésped.

Aduje mi pretensión de que las cuatro y media nunca fue una hora demasiado temprana para almorzar. Con un ritmo que me recordó la exacta precisión de las manos de su madre, el mancebo hizo un gesto de indiferencia y dijo que al fin y al cabo daba igual una hora que otra cuando el almuerzo es exquisito y la compañía agradable. Y añadió:

—Pero nos has pescado *in fraganti*. Estábamos haciendo el amor.

—¿A estas horas?

—Si uno se despierta a las tres de la tarde, ¿a qué otra hora puedes hacerlo? Además, si se está en gracia de Dios, cualquier momento es bueno. Aunque tampoco es esencial, digo yo. Más que en gracia de Dios, conviene que tu pareja esté en gracia de ti. O me equivoco o estoy en lo cierto. Pero en el fondo me da lo mismo.

De repente se oyó un grito frenético. Pompeyín se llevó las manos a la cabeza, pero su carcajada fue ligera y sinuosa al exclamar:

—¡Qué obsesión! ¡Qué obsesión! Tendrás que esperar a que acabemos de follar. No es dramático. Me encula en un segundo y vuelvo a estar contigo. ¿Vale? Si vale, bien. Si no vale, también. Pues en el fondo da lo mismo.

Le vi correr hacia su destino, no sin antes recomendarme que si el disco se acababa pusiese lo que más me apeteciese. Pero la

señorita negra del jazz calló de improviso y yo no tuve humor para reemplazarla por otra. Resultaba más divertido escuchar los aullidos que llegaban del dormitorio, anunciando todas las convulsiones de un clímax pasional perfectamente realizado.

Después se hizo el silencio. Y reapareció Pompeyín anudándose un albornoz rojo. La sonrisa le ensanchaba las mejillas. Una cascada de luz deslizábase por los párpados. Y los labios parecían terciopelo encendido. Ostentaban no sé cuántos mordiscos a guisa de triunfos.

—Uno acaba muerto —exclamó—. Pero es preferible morir hartos antes que en ayunas.

No se referiría a la comida, por supuesto. Pero el momento se prestaba a recordársela. Se apresuró a hacerme propaganda de sus habilidades culinarias y esto me ayudó a concebir esperanzas de un almuerzo esplendoroso. Se extrañó de mi desilusión al oírle decir que era macrobiótico. Y aunque en su opinión tres lechugas y un rabanito constituían un banquete propio de obispo renacentista, adivinó por lo menos mi inquebrantable deseo de un entrecot. Accedió a cocinarlo en mi honor exclusivo.

—Soy portador de una súplica de tu madre...

—Una santa. Una señora de toda la vida.

Asentí. Como premio, abrió la ansiada nevera y sacó un entrecot. Tres platos colocados sobre la mesita me hicieron sospechar que el misterioso ser del dormitorio no tardaría en aparecer. Le esperaba. Pero sólo llegó uno de sus aullidos. Pompeyín, que ya buscaba la sal para mi comida, lanzó a su vez un bufido.

—¡Otra vez! Es insaciable —y en tono confidencial—: Desde anoche, ¿cuántas veces dirías?

—¿Dos? —aventuré.

—¡Cinco! —exclamó con aire coqueto y victorioso a la vez. Y añadió—: Con la de ahora, serán seis.

Salió de la cocina despojándose del albornoz, en un intento tal vez de ganar tiempo al tiempo. Oí una puerta que se cerraba de golpe y, acto seguido, gemidos, aullidos, gritos e imprecaciones.

¿Resultaría ofensivo que cocinase yo mismo aquella carne de aspecto tan prometedor como inalcanzable? Decidí que la urbandad dicta unas leyes elementales. Me puse a terminar un cigarrillo que Pompeyín había dejado sobre el cenicero. Me detuve de golpe y lo aplasté hasta lo mínimo. Nunca me gustó la marihuana con el estómago vacío.

Pasaron los minutos, aunque no demasiados. La ceremonia del dormitorio se desarrollaba a un ritmo veloz: el *timing* de cuando hay visitas esperando. Más aún si están hambrientas.

Me cansé de mirar las opacidades del Licabetos y un pedazo de la ciudad moderna, insinuada más allá de los árboles del parque. Oscurecía. Y Pompeyín no era inconsciente a lo avanzado de la hora, pues cuando regresó tras otro portazo se quejaba de lo corto que se le hacía el día.

—Dentro de poco, la manifestación de los chipriotas; después, el mitin del partido comunista; a las diez, el recital de canción revolucionaria en la universidad...

Siguió hablando tan en marxista que imaginé al ser de la alcoba como un Fidel con toda la barba. ¡Y a Pompeyín la primera maricuela catalana que habría accedido a tal metamorfosis! Pero yo no estaba para meditaciones. Me atreví a insinuar que hablásemos de política mientras almorzábamos. A lo que el mancebo exhaló un gritito y se puso a salar el entrecot. Sugerí la posibilidad de ayudarlo, pero en realidad era una súplica. Él se negó rotundamente. ¿O acaso no era yo su invitado? Y un invitado ¿no merece honores y esfuerzos?

Irrumpió, cual huracán, el mismo aullido de antes. Y Pompeyín exhaló un nuevo bufido y volvió a desprenderse del albornoz, ignoré si exhausto o contentísimo.

—¡Otra vez! —exclamó—. ¡Otra vez!

Regresó a la alcoba. Yo continué saboreando todos los instantes de mi calvario. Mantenía la mirada fija en el entrecot (prodigioso en su brillo), me arañaba las manos y mordía el filtro de mi Duqueidos. Siguió una nueva audición de aullidos y susurros,

somieres que crujen, invocaciones de signo violento... Yo iba procediendo a una fabulosa mitificación del entrecot: lo imaginaba incorporado al interior de una pantalla de televisión, mientras una voz aterciopelada, rica en sugerencias de fascinación, repetía una y otra vez un mensaje de deseo: «Sus sueños estarán presididos por nuestro famoso Entrecot...»

Atenas ya aparecía iluminada para la noche. La Acrópolis dormía su propio sueño kitsch. Dios me había abandonado para trasladarse a la alcoba de la sandunga.

Nuevo portazo y Pompeyín que se anuda el albornoz y se pasa la mano por el pelo desordenado, intento de disimular que alguien lo estrujó a conciencia. Sonrisas de disculpa y, para colmo, el aceite que no se dejaba localizar.

—Podrías ponerle mantequilla —dije, en mi desesperación—. O un poco de margarina, da igual.

Mi humildad clamaba al cielo. Pero él no se compadecía.

—¿Con el aceite maravilloso que recibimos de la Tesalónica? No lo toleraría yo. Además, ahora ya no importa tardar un minuto más...

—Claro...

La pared de la cocina estaba literalmente cubierta con pósters de cantantes que representaban el aspecto progre que la mamá de Pompeyín solía considerar desastroso. Había también muchachas melenudas a quienes las tías del mancebo hubieran tildado de putas. Recitales de canción al aire libre, consignas políticas que yo no comprendía, la caricatura de un presidente americano sentado en un orinal que representaba la isla de Chipre, y entre toda esa imaginaria politizada al máximo, muchas fotos de un macho muy moreno, casi renegrido, provisto de bigote tumultuoso y con los cabellos recogidos por la típica red cretense.

El macho de las fotos tenía cara de bestia. Y yo me atreví a preguntar:

—¿Él?

—Yes —contestó Pompeyín. Y estrenó un rubor.

—¿Turco?

—Cretense.

—Parece turco.

—Herencia de dominación. Y no sólo en lo físico. ¡Si supiesen cómo las gasta!

—Pues ¿cómo las gasta?

—De semental. Me tiene como a una perra en celo. Con decirte que le llega hasta la rodilla...

Al decirlo, utilizaba el orgullo.

—¿Qué es lo que le llega a la rodilla?

—¿Qué quieres que sea? Flácido, le llega a la rodilla. Erecto, es una barra de pan de medio kilo.

—¡Cielos!

—Cierto. El cielo en la tierra. Por cierto, ya apareció el aceite.

¿Se me notó demasiado? Lo siento. Pero lo cierto es que el hallazgo me hizo perder cualquier interés sobre la etnia, atributos y medidas de los cretenses después del paso de los turcos por su isla. Y el tema de cómo las gastaba el semental fue de tan fácil deducción desde que puse los pies en aquella casa, que sustituí el tema por una atenta vigilancia de todos los movimientos de Pompeyín desde que encontró el aceite que podía convertirse para mí en un sucedáneo del maná del señor Jehová.

Y de repente volvió el grito de la bestia, y Pompeyín detuvo todas las maniobras culinarias, levantó los brazos al cielo y exclamó: «¡Señor! ¡Es insaciable! ¡Insaciable!»

Se estaba desanudando el albornoz, pero yo profería varios gritos todavía más espectaculares que los que llegaban de la alcoba, y después de redondear el dramatismo de la escena arrojando un plato contra la pared (pero no se rompió: era Duralex), después de convertir mi furia y desesperación en todo un manifiesto, exclamé:

—¡Pues yo estoy hasta la coronilla! ¿A esto llamas tú hacer la revolución? Ese abrir y cerrar de puertas, parece... ¡un vodevill!

—¡Ah, no! ¡Si acaso una comedia de Lubitsch! Además, la re-

volución la hace cada uno a su modo y usanza. Y yo la hago con el culo. ¡Hala!

Me dejó en el centro de la cocina, junto al cadáver del cigarrillo de marihuana, de espaldas a los pósters, delante del entrecot. Furioso, cogí el manjar soñado y lo arrojé también contra la pared. Pero la carne era tan dura que hizo un gran agujero en la madera.

Decididamente, era mi día negro. Y, encima, las contradicciones del Ática hacían que regresase una lluvia nocturna.

Me disponía a largarme cuando se entreabrió la puerta de la alcoba y aparecieron los rizos despeinados de Pompeyín. Su expresión no podía ser más inocente.

—A propósito: ¿qué quería mamá?

—Que vuelvas a casa.

—Ahora no puedo. Hazte cargo.

Yo, ni contestar. Necesitaba arrojar más cosas contra cualquier pared. Pero tal vez quedaba más juicioso entrar en el primer restaurante y, abandonando la urbanidad, devorar un buen entrecot.

Pompeyín todavía me retuvo un segundo.

—¿Te importaría darle esto a mi madre?

Y me daba un clavel rojo y un documento nacional de identidad. Pero, al tomarlo, un profundo asco se apoderó de mí, y lo dejé caer.

Pompeyín había utilizado el carnet a guisa de papel higiénico. Todavía más: había añadido la huella de su cretense, según daban a entender las diferentes tonalidades del color marrón, allí depositado.

Al llegar al hotel, envolví el carnet con un pedazo de periódico que encontré en el armario. Un periódico griego de la época de los coroneles.

* * *

La tengo ante mí. Viste con distinción extrema, como de costumbre. Madura, sí, su esbeltez de casta definitivamente engala-

nada con el estilo Balenciaga. Sólo tres joyas, pero excelentes. Mueve las manos con escuela excepcional, y acaba de decir a la doncella que puede salir, que ella misma se encargará de retirar el servicio de té. Y, en un momento determinado de su conversación, suspira:

—Los *fin de race* ya no son lo que solían ser, amigo mío.

—No, señora. Señora, no. Señora.

—Por la broma del carnet todavía paso, *mon ami*. Incluso acepto que Pompeyín uniese sus caquitas con las de aquel réprobo. Pero lo intolerable es ese clavel rojo.

Me encojo de hombros, apuro al máximo mi taza de té y suspiro.

—Ese clavel rojo, *mon ami*, significa que mi hijo ha perdido la casta. Antes, los *fin de race* mandaban orquídeas.

—Como mínimo, señora. Como mínimo.

La dejo apoyada en el ventanal, acariciando melancólicamente esos cristales contra los que va a estrellarse toda la contaminación de la ciudad. Adiós, señora de toda la vida. Adiós, imagen herida de nuestras esencias más genuinas, de aquel señorío que no podemos perder ya que en ello nos va, dice, nuestro devenir colectivo. Adiós.

Decidido a transmitirle un pequeño homenaje, he de pasar por la confitería más elegante de esa Barcelona nuestra y le mandaré una golosina selecta, acompañada de una orquídea.

Pero blanca. Blanquísima. Color catalán, como el *mató*; o como aquel huevo milagroso que, en las festividades de Corpus, baila una danza ambigua apoyándose en un chorro de agua catalana, allá en los claustros de la catedral.

Barcelona, mayo de 1975 - febrero de 1976

JUEGO ENTRE EL MIRÓN (VOS)

Y EL JINETE DE LA MUERTE ROMANA (ÉL)

Le jeune homme dont l'œil est brûlant.

RIMBAUD

Noche estival, la urbe virgen, el mundo desierto, las emociones reducidas a los límites de sus inicios más primarios. Vos, contemplador abominable (hermano mío, semejante mío, viajero de gusto vulgar, ave turística), vos invitasteis a vuestra insulsez crónica a un paseo pseudorromántico por las Mil Noches de Roma, y aun cuando la belleza alcanzase a deslumbraros, no entenderíais nada, no modificaríais, aceptaríais quedaros asombrado y basta (lo reconocemos: dada vuestra condición, esa humildad ya es mucho). Queda todavía una nimiedad que nos mueve a respetaros: abandonando a vuestros compañeros de viaje, al rebaño de imbéciles que formaban la pequeña cruzada reunida bajo los estandartes del turismo más convencional («Vea Italia en diez días»), vos os convertisteis contra vuestra costumbre en un amable solitario de la noche, elegisteis ensimismaros ante algún despojo medieval incrustado en las casonas del barrio judío, conmoveros frente al elefantito de la Minerva, deambular bajo los espejismos umbrosos de Via Giulia o entre las telarañas de los templos augusteos, sepultados bajo un montón de escondites barrocos.

LILÍ BARCELONA

NARRACIÓN CON PRETENSIONES *CAMP*,
EN LA ONDA DE LOS FELICES SESENTA

(Traducción de Joan Enric Lahosa, revisada por Terenci Moix)

Para Enric Lahosa y Pere Ignasi Fages,
un cuento sin «ismos».

Como si aún existiera, como si la soñásemos, Lilí continúa ejerciendo su enigma y de vez en cuando me estremezco imaginando que la poseo. Lilí Barcelona, aquella mundana que estaba en boca de la mejor gente de las cuatro ciudades primordiales de la sofisticación. Ella, suntuoso *toast* de Londres, París, Nueva York y Roma. Exactamente la Lilí intuida, buscada en todos los entre-actos del Liceo, ya que imaginábamos que estaría reinando desde algún palco incógnito. No otra Lilí, no una heroína arrancada de *best-sellers* en boga, comedias *boulevardières* o historias de aventureras cosmopolitas (Marlene se llamaba Shanghai Lilí en una película de Von Sternberg), sino Lilí y de apellido Barcelona, como nuestra ciudad preñada de falsedades. Como si existiera, esa Lilí que, un día nos lo dijeron, era absolutamente divina, en la línea de una Harlow o, puestos a ser *camp*, pizpireta en la onda charlesthón.

La idealizamos. Lilí Barcelona no podía parecerse a tantas matronas vulgares que proclaman a diario una insulsez netamente

catalana, esa ausencia total de fantasía que las dispara hacia la única solución de cultivar años y tedio, asistir al mercado de las convenciones con expresión resignada y largarse de este mundo sin dejar un mal recuerdo de originalidad. Como Menchu, que se casó en el mes de mayo y ofrecerá un crío a Pepín Cabestany o, si se decide a ser diferente, un aborto con rostro de elefantito (y ni siquiera dorado, como aquel con baldaquín de nácar que, según la leyenda, el marajá de Kapurtala regaló a Lilií Barcelona para sus voluptuosos paseos por las junglas estilo Salgari).

La primera pregunta que se me ocurre al recordar a Lilií Barcelona es cómo dejó de ser ella para convertirse en el centro de mis dudas. Así empezó a dominarme aquel flujo mágico que nunca me ha abandonado: un flujo que combinaba la noticia de su existencia, la necesidad de conocerla, la pasión por sus extravagancias, las locuras literariamente sofisticadas que hacían circular su nombre de boca en boca. La posibilidad de Lilií Barcelona, en resumen.

Nuestro palco de solteros se convirtió en intrínquilis de prismaticos dirigidos al ajedrez de la platea; más de una soprano, alguna mezzo y hasta aquel barítono que pasaba el balance de Don Juan, nos hubieran odiado de sospechar que no tenían el menor poder para distraernos de nuestra búsqueda, para liberarnos de la posibilidad acuciante de respiros, latedora de corazones, incitadora de curiosidad, que nos proponía el misterio supremo de Lilií Barcelona.

Nacho está en lo cierto al señalar que todo empezó en la fiesta de Jaime, cuando estábamos hartos de oír a Judy Garland y a otras estrellas decadentes. En determinado momento, Jaime comentó que Lilií Barcelona jamás hubiera cantado *Put it on the Ritz* de aquella manera posromántica (una opinión tan idiota como cualquier otra). Formulamos algunas preguntas en absoluto apasionadas, al modo en que se suele hablar de los demás en esta ciudad donde todos los miembros de la elite nos sabemos de memoria. Al principio, Lilií Barcelona no fue una excepción. Y sin embargo...

—Todavía hoy, cuando se habla del desdichado Jaime, nos acordamos de Lilií Barcelona con una pena suave, incapaces de averiguar lúcidamente el mito que ella desarrolló; poco diestros para comprender que algo de Lilií Barcelona se ha quedado con nosotros; algo que rehusamos aceptar, ya que aceptarlo implicaría reconocerlos a *todos ellos*. Y si lo hiciéramos, ¿quién sería lo bastante hombre para evitar el caos?

Carlos Bru todavía llora de corazón cada vez que habla de Jaime y Lilií Barcelona como sólo él y los suyos tienen derecho a hacerlo.

—Tal vez os informé de Lilií Barcelona demasiado tarde, pero pensaba que estabais a tiempo de comprenderla. Me equivoqué. La deseasteis como si fuera una mujer normal y esto es un sacrilegio. Convenía adorarla a distancia, reírle las ocurrencias, considerarla brillante, decirle: «Mais vous êtes divine» y nada más. La perdisteis por culpa de vuestra grosería de machos. Ahora queréis mitificarla a la medida de vuestra necesidad y comprendéis que será muy difícil encontrar, en esta ciudad aburrida, a un personaje con tanta clase. Y quedáis ajenos porque la evidencia os muestra que Lilií Barcelona os superaba en todo, poseía muchas maravillas, muchos hechizos nuestros (del grupo, quiero decir), pero ninguno vuestro. ¡Lilií Barcelona! Exactamente como era. Es decir, como nunca fue.

¡Cuánta palabrería para no decir nada! En cambio, yo me ciono al verdadero origen de nuestra obsesión. Lo situo en otra fiesta de Jaime, cuando éste se deshizo en alabanzas al poderío de Lilií Barcelona y los otros intercambiaron perversas sonrisas de complicidad y nos cerraron la puerta de su mundillo particular, un mundo en absoluto apropiado a nuestra idea de la masculinidad pero que solíamos frecuentar, ya fuese para combatir un aburrimiento mortal, ya siguiendo la pintoresca tendencia al eclecticismo que estaba de moda en las zonas más esnobs de mi ciudad.

—El éxito de Lilií Barcelona proviene de su frivolidad. Existe a partir de ella. Nos enloquece como una heroína de Anita Loos. Nos llena del ansia de ser *chic*, de imitar sus gestos, su forma de

levantar un solo hombro como las vampiresas americanas de los años cuarenta y, al mismo tiempo, dibujar una encantadora O con los labios, como la Bardot, que tanto se lleva.

—Si Lili no hubiese muerto, si no nos hubiese abandonado...

Pues bien: forzosamente debo reconocer que Lili Barcelona fue real. Hizo un agujerito en nuestra vida y nos obligó a buscarla locamente. Una vez hallada, se esfumó. Ella misma lo hubiera dicho: «The whole stuff sounds woompily absurd.»

De todos ellos Jaime era el más afeminado, pero Carlos no le iba a la zaga. ¡Qué camada tan pintoresca! Hablaban del amor con simbolismos platónicos y presentían un nirvana sentimental que sublimase lo que los demás considerábamos un vicio sólo apto para divertirnos. Avanzaban coqueteando con el arte y la cultura, siguiendo modas apropiadamente dictadas por sarasas famosos cuyos nombres me guardaré mucho de señalar, y pretendían oscuros amoríos de una noche que desviaban el cauce de los ríos conocidos. Por extrañas razones que no comprendimos hasta mucho más tarde (y ya fue inútil) adoraban a Lili Barcelona porque era la representación de todas aquellas glorias sofisticadas que ellos hubieran soñado encarnar.

—La tal Barcelona, ¿se hará visible de una vez?

—Pues mira, no sé, siempre viene con prisas. Aparece, conversa con todo el mundo, da su mano a besar, cuenta sus amores de un día, comenta la función del Liceo o la película de moda, y de pronto, se levanta y huye hacia otro lugar. Está muy atareada, está solicitadísima. La reclaman de cualquier salón internacional donde haya gente elegante, *savoir vivre, joie du champagne*...

Bajando por la Rambla, me dice alguien:

—Jaime es quien sabe más cosas de Lili Barcelona.

Otra tarde, paseando por la playa de Sitges, abordo a Jaime directamente:

—Dame de una vez el teléfono de esa mujer.

—¡Huy, no, se enojaría!

—¿Y eso?

—Es rara, extravagante, muy suya. Es neurótica, como corresponde a toda divina. No puedes empujarla a hacer amistades. Si coincide contigo, permite que os presenten, y con mucha suerte decide apreciarte. No te negará una sonrisa. Pero llamarla a su casa, nunca, nunca, nunca.

La tarea de localizar el teléfono de Lili Barcelona se convirtió en obsesión. Búsqueda inútil, ya que jamás se apellidó como mi ciudad y es muy probable que ni siquiera fuese Lili su nombre de pila. Buscarla equivalía a perseguir una quimera. Nuestro objetivo más inmediato consistió en darle un rostro; imaginar sus andares, su estilo al encender un cigarrillo o cruzar las piernas en la barra del Círculo. Y, siempre, los comentarios de los del grupo.

—Sé de buena tinta que Lili Barcelona es bollera.

—Pues no. Tenía, hace poco, un chulo tenista.

—Según Minerva Sants, tuvo un asunto con cierta modelo de Balenciaga...

—Estuvo en la fiesta de Virgilio la Tocanta. Sólo diez minutos. En tan poco tiempo dijo un montón de cosas divinas. ¡Imaginaos! Iba cargada de collares, como una *flapper* de la edad dorada.

—Llevaba una esmeralda auténtica.

—Ha estado en Broadway. Ha conocido a Roz Russell. Almorzó con Chita Rivera.

Empezaba a dominar mis sueños. Lili Barcelona. Rugiente, única, coleccionista de amistades esnobs, de relaciones decadentes. Como un almacén de actrices de antaño, como una sublimación de la frivolidad trasladada a los ámbitos del deseo. Lili Barcelona, divinizada en un millar de decorados imaginarios, semejantes en la locura, multiplicados en un millar de espejos poco razonables. Lejos de mí la lucidez. ¿De qué podría servirme ahora? Lili Barcelona desciende la gran escalinata del Follies, tocada con airosos sombreros de plumas; colgantes de pedrerías en un vestido transparente parecido a los de Marlene; levanta la pierna en un movimiento que aventaja a todos los de Cyd Charisse;

se convierte en flor de cabaret, bacana de Corrientes, amortecida bajo los lamentos de algún tango enfermizo, prisionera de sí misma por el deseo que despierta, delicuescente cuando se transforma en princesa hindú, culmen de lo *chic* cuando pasa modelos en la plataforma de Chez Balenciaga. Finalmente, Lili Barcelona emerge de entre tantas criaturas míticas y juega con la pitillera *art déco* mientras toda su persona delata una historia que acaso se desarrolló en el Ensanche de Barcelona, una rondalla hecha de jovencitas casaderas que iban al Liceo con un ramo de violetas compradas en el puestecillo de Raquel.

Salí con la panda a tomar el aperitivo, única distracción posible en esa ciudad medio difunta. Tomábamos el sol apáticamente, hablando de alguna pija conocida, y en éstas llegó Jaime. Conocíamos su rollo decadente, pero nos divertía como la actuación de un payasito.

—Fiestas con clase sólo las encuentras en Nueva York. También en Londres, pero hay que ser miembro de algún club privado. Cuando hablo de fiestas me refiero a aquellas inolvidables *parties* de los años veinte, con un regusto a tabú y una amenaza de prohibición. Son las que prefiere Lili Barcelona.

—¿Estáis liados?

—¿Me has mirado bien, niño? ¡Santa Lucía te conserve la vista! Nos queremos mucho, eso sí. Lili Barcelona es como una hermana mayor, con mucho mundo. A veces me aconseja. Si alguna vez estoy triste, la llamo y nos consolamos mutuamente. Incluso hemos llegado a compartir amores.

—¡Amores! Luego mademoiselle Barcelona es accesible...

Jaime dijo que nunca. Que ni hablar. Y ante mi insistencia cambió rápidamente de expresión. Estaba triste y me miraba con ojos llorones, suplicando ignoro qué clase de favor.

¿Puedo asegurar que lo ignoraba? Mejor diré que me resultaba más cómodo hacerlo, porque Jaime solía excederse con sus miradas cuando el objeto era yo.

Fuimos invitados a otra fiesta. Nos advirtieron antes: podría

sorprendernos, acaso violentarnos, era difícil que nos gustase el ambiente. Lili Barcelona sería la única dama; el resto, «amigos» dudosos. Así pues, el sábado por la mañana nos reuníamos Nacho, Memo y yo para discutir si nos compensaba arriesgar nuestra reputación sólo por conocer a Lili Barcelona. A Memo le ofendió que pusiéramos en duda su hombría. Según él no había ningún peligro, ya que si alguien se pasaba de la raya le rompía la boca de un puñetazo.

Calle señorial, zona modernista, neoclásica, barroca, futurista, todo a la vez, pero todo añejo, polvoriento, como las estancias repletas de mobiliario vetusto, poltronas reventadas, lienzos mortecinos, estampas *pompier*, alfombras raídas sobre azulejos gastados por tantas pisadas seculares, corredores interminables, es decir: «un piso de los que ya no se construyen hoy en día».

En ambiente tan decrepito, ellos se ponían divinos a imitación de un saloncito del París de la Regencia, se movían gesticulando al estilo de damiselas decimonónicas, sus rostros cambiando de la excitación a la timidez y, a veces, ligeramente tranquilizados al comprobar que nosotros sabíamos de qué iba su juego y pese a todo no los despreciábamos (por lo menos, no completamente). Jugaban a la cursilería: teníamos que adivinar nombres de actrices antiguas a través de imitaciones y pantomimas; recurrían a una partida de prendas para conseguir que alguno de nosotros se desnudase, o al juego de la verdad para sacar al sol los trapos sucios y criticar a otros personajes de su ambiente.

Dos días después, coincidí con Jaime en un estreno teatral.

—Sólo fuimos para conocer a Lili Barcelona y ella ni se presentó —dije.

—No siempre se digna.

—Pero nosotros queremos conocerla.

—No te ilusiones. ¿Qué podría hacer Lili con tipos como vosotros? Sois demasiado ordinarios. Con ella sólo podéis aspirar a la esclavitud. Sólo conquista a los hombres para convertirlos en esclavos. Es altiva, es dura, es cruel.

—¡Tonterías! Lo que Lili Barcelona necesita es un macho de veras y no unos títeres como vosotros.

—Se ve que no la conoces. Ella aspira a lo imprevisto. Adora lo exótico. Exige una frivolidad a la altura de la suya. Y esto, por más que te moleste, sólo se lo podemos ofrecer nosotros, sus acólitos.

Lili Barcelona siempre iba rodeada de mariquitas. Nunca un hombre de veras. ¿Y si fuese frígida?

Esta idea me asustó, pero me apresuré a compensar mis temores decidiendo que la frigidez aumentaba su atractivo. De repente, se presentaba bajo el aspecto de una Marguerite Gautier cuya curación dependiera de mi amor. Lo que en cualquier mujer habría representado un inconveniente, en aquella dama esquivaba se convertía en nuevo motivo de embrujo.

Cierta mañana prenavideña, Nacho y yo estábamos en el Samoa. Llegó Memo, jadeante.

—Anoche, en el Ischia, atrapé una conversación la mar de interesante. Adivinad de quién hablaban.

—¡Vete a saber! Con tantas amistades, puede ser cualquiera. Es un asco. Conocemos a demasiada gente.

—¡Tocad madera! Hablaban de Lili Barcelona. ¿A que os interesa? Pues al tanto. Lupe Miroso y yo esperábamos a Marisé y Gustavín. Entonces llega Jaime y aquel amigo suyo tan afeminado, Luis; sí, aquel locutor de radio. Bien, lo que importa es que hablaban a grititos, de manera que pudimos oír todo lo que decían. Hablaban de Lili Barcelona y Jaime decía no sé qué sobre el próximo *Tannhäuser*. Al parecer, ella es wagneriana furibunda y tiene turno de sábado. Por eso no la veíamos nunca. La buscábamos los miércoles.

—¡Hoy es sábado!

—Si no me equivoco, el turno de Maruchi Quesada.

Corrimos en busca de Maruchi, que tenía una *boutique* de fruslerías para el hogar. La encontramos adornando el escaparate con motivos navideños. Le dijimos que estaba muy mona y muy

moderna. Tantos halagos la obligaron a compartir un daiquiri con nosotros. Una vez en el bar, empezó a charlar por los codos: preguntaba si sabíamos «por qué» había roto con el tonto de Angel Udiarte, y nosotros, que lo sabíamos con todos los detalles, aguantamos sus explicaciones para tenerla contenta. Queríamos ir al grano, pero ella no paraba de hacer atajos. Acabó preguntándonos si Piluca Riudellops era feliz en su matrimonio con cierto imbécil italiano llamado Sigi. Al final, y como si no nos afectase en absoluto, le preguntamos si había hecho nuevas amistades en el Liceo. Como pertenece a una tercera generación de liceístas, conocía a todo el mundo. Se puso a largar sobre el ambiente. No paraba. Memo la cortó de golpe para preguntarle si conocía a Lili Barcelona, una rubia mundana, muy distinguida.

—Os parecerá extraño, pero no la conozco. ¿No podría ser una invitada del palco de los Llovera? Entre extranjeros, madrileños y novios de las niñas, siempre está abarrotado de gente nueva. Pero esa Lili Barcelona, no sé, no sé... ¿Y decís que es distinguida?

Me encerré en mi estudio. Puse un disco de los de *Strip-tease for Your Husband*. Al son de aquella música incitante iba dibujando un boceto de Lili Barcelona. Me complacía imaginarla al teléfono, con la lengua paseándose por el auricular, o tal vez comiendo un plátano con expresión de vicio o acariciándose el monte de Venus con el bastón del mago Frégoli. En mi dibujo, conservaba los atributos con que las señoritas de ciertas revistas francesas solían adornar mi sueño: medias de malla, boas, plumas de colores, sonrisa de hastío, extrema crueldad en la mirada. Lili Barcelona era ya mucho más que un juego.

No podía soportarlo. Cogí el teléfono. Tres timbrazos. Se puso Jaime. Le di recuerdos para su madre, él me dio saludos para mis padres y seguidamente me preguntó si había visto la última de Capucine. Dije que no y él comentó que era tan fina y tan señora. Después, con voz dulce, acariciadora, murmuró que le gustaría verme más a menudo, que le caía estupendamente, además

todo el mundo decía que soy tan dicharachero y, encima, estaba de muy buen ver...

—¿Por qué no cenamos uno de estos días? —me espeta—. Tú y yo solos, para hablar de nuestras cosas...

Recordé que sus ojos se ponían llorosos cada vez que me veía; empezaba a hacerme cargo de la situación: «Te he vencido, amigo mío. Eres demasiado vulnerable. Me serviré de tus flaquezas para conocer a la mujer soñada.»

—Saldremos cuando quieras, pero con una condición: antes tienes que presentarme a mademoiselle Barcelona.

Aceptó sin vacilar. Si aquella noche me dejaba caer por su fiesta, conocería por fin a Lili Barcelona. Había prometido visitarles después de una cena con Rita Consolador, la escritora argentina que había venido a presentar su último libro, cierto famoso ensayo sobre el homosexualismo femenino. Una condición: tenía que ir solo, sin mis amigos de farra. Y añadió: «Confío en tu discreción: Lili no quiere ser demasiado conocida.»

Me encogí en el sofá, cultivando la sospecha de que Lili Barcelona estuviese casada. Era una idea atormentadora pero en absoluto improbable; por el contrario, justificaría las escapadas de la dama, así como su necesidad de esconderse. Era incluso probable que aquel nombre exótico (un aroma de «java» de Mistinguette mezclado con chabacanería de la Barceloneta) fuese un seudónimo que ella empleaba para desconcertar. Era, de todos modos, un nombre con poder afrodisíaco.

Busqué el espejo y me vi joven y apuesto, espléndido producto de gimnasio y club playero, asediado por las chicas de mis amigos, seductor de alto *standing*. Ningún marido, siquiera el más perfecto, se me podría comparar. Aquella mujer maravillosa estaba reclamando un amante de mi rango. Decidí que lo tendría. Empecé a imaginar una compleja trama de excusas y pretextos para nuestros encuentros: todo un curso de sonrisas equívocas y miradas disimuladas por si coincidíamos en cualquier teatro y ella iba acompañada de su marido. Nadie podría sospe-

char que la misteriosa Lili Barcelona y su atlético galán, último producto de novelería a lo Somerset Maugham, se veían a escondidas en uno de aquellos pisos del Ensanche, cuyos propietarios (parejas de viejecitos sometidos a una renta irrisoria) alquilan habitaciones secretas, amparados por su reconocida honestidad. Imaginaba las palabras que susurraría al oído de Lili Barcelona cuando, tendidos los dos en la cama que vio morir al hijo tísico de la dueña, nos abrazásemos con un resabio de culpabilidad en los labios y la mirada escudriñando un futuro imposible. Después, ella se levantaría completamente desnuda (o acaso envuelta en una colcha de bordados deslucidos) para ir a contemplarse en el espejo de marco dorado. Comprobaría entonces una evidencia brutal: era la más vieja, luego estaba en mis manos. Entre tanto, yo, tendido en la cama, dejaría que el humo de un cigarrillo se interpusiera entre mis ojos negros, de amante latino, y los estucos del techo, copiados de Marienbad.

Aquella noche vino a la fiesta. Por fin la tenía a mi alcance. Concreta, absoluta, llena de vida, simbiosis perfecta de todas las quimeras que yo había fomentado. Ella, Lili Barcelona. Ostentosa pero discreta, afable y sin embargo lejana, creando a su alrededor un gran anillo de fuego, como una nueva Brunilda que se aislaba de todo el mundo y, al hacerlo, resaltaba con destellos únicos, incomparables, símbolo de cuanto es maravilloso, de cuanto es insólito y fantástico.

Por encima de las cabezas de sus adoradores, el cabello rubio-platino de Lili Barcelona volandeaba de un lado a otro, creando un ritmo mágico. Me sentí desfallecer. Era como si las piernas se negasen a sostenerme. Miré a mi alrededor, buscando la complicidad de Jaime. Alguien me indicó que había salido a comprar más bebidas. Los otros me miraban con un aire medio divertido, medio críticón; no sé si me despreciaban o me deseaban, o ambas cosas a la vez. No era el momento de averiguarlo. Me sentía completamente hechizado por la presencia arrolladora de Lili Barcelona.

De pronto, ella se volvió hacia mí. Por fin podía verla. Me miraba fijamente. Primera victoria. Era imposible que me desaprobase. Era mía. Cabello que parecía de plástico. Peluca, por supuesto. Gafas oscuras, redondas y anchas, ocultándose los ojos y hasta las cejas. Dedicaba sonrisas a todo el mundo, sin descender de su pedestal de diosa. Sostenía tres conversaciones dispares, en inglés, francés e italiano. Un muchachito le ayudó a quitarse el visón color champán. Apareció un escote plano, abierto, provocativo, que dejaba toda la espalda al desnudo. Y cuando me tendió la mano, cuidadosamente cubierta con unos guantes de terciopelo negro, se la besé con un respeto sagrado. Ella sonrió a medias y dijo «enchantée» y otras cosas francesas.

No podía asegurar que fuese la mujer más bella del mundo, pero sí que jamás hubo otra tan extraña. Se movía, hablaba, esgrimía la boquilla o la copa de Veuve Clicot con exactitud de matemático. Su comportamiento era toda una ciencia. Se sentaba en los brazos de las butacas, acariciaba la cabeza de algún acólito y, entre tanto, criticaba la temporada de ópera, hablaba del Carnaval de Niza, invocaba su inolvidable época como relaciones públicas en Chez Dior cuando, según ella, «c'était tout un privilège d'y travailler». Era un cofre que se abría para arrojar una multitud de maravillas escondidas; era una voz ronca, que hablaba de todos los asuntos del gran mundo sin profundizar en ninguno. Y para los componentes del gueto constituía una especie de Meca donde confluían sus aspiraciones de brillo social.

Yo bebía sin cesar. Un trago tras otro. Una inquietud insoponible me consumía. Tenía la cabeza a punto de reventar. Seguía sin saber si era bella o no, si falsa o verdadera, si joven o no mucho (¿quién supo nunca la edad de las mundanas?). Sólo sé con certeza que era la verdadera imagen de la fascinación.

En algún instante de aquella noche tomó asiento a mi lado y me dio conversación, mientras seguía con la copa el ritmo de una comedia musical americana (¿no sería *Nymph Errant?*).

Me hablaba de Monteverdi (y yo no sé nada de Monteverdi),

comentaba anécdotas de la gente *dada* (tampoco conozco a ninguno), criticaba el mediocre servicio de ciertos hoteles de Gstaad, donde nunca estuve. Seguidamente sacó otra boquilla más larga que la anterior, colocó un cigarrillo y me pidió fuego. Y en ese instante que robaba a la realidad su predominio, trabé conocimiento con las legendarias artes fumatorias de Lili Barcelona. *The one and only*.

Una parte de su fama provenía de la brevedad de sus apariciones. No había ningún motivo que convirtiera aquella noche en una oportunidad especial. Mi anhelo no significaba nada para ella, que, en plena posesión de su cetro, decidió llegada la hora de escapar. Todo el mundo protestó y yo me daba cuenta de que todos la querían y la necesitaban de veras. Pero ellos seguían sin preocuparme: como si no existiesen. Sólo Lili Barcelona me obsesionaba. Mi pasión era algo mucho más arrollador que una simple imperiosidad espiritual o tal vez amorosa. Era el prodigio de reencontrar en mi mundo de ocio y aburrimiento el hechizo del mito, el impacto de la divinidad hecha forma en una mujer maravillosa que yo no podía dejar escapar.

No pude reprimir una súplica:

—Necesito conocerla mejor, Lili. Es preciso que vuelva a verla lo antes posible.

Lili Barcelona encogió las espaldas y se quitó las gafas (ojos muy pintados, dorado y azul, al estilo egipcio). Me recordaba a alguien... ¿A una persona? ¿A un personaje?

—Usted sabrá que apenas salgo, *chéri*... Estas noches son una excepción. No, no volveremos a vernos. Imposible.

Apreté mi mano contra la suya. Pero ella me rechazó con un gesto rotundo.

—¿Qué pretende? Soy una mujer de experiencia. Una mujer que ha vivido. Hace ya tiempo que dejaron de deslumbrarme los niños lindos.

—Pero yo...

—Sé que detrás de la ilusión no hay nada. Nada, créame. Lo

he vivido. Lo sé. Sólo vale la impresión. Como en el amor. Como en este instante de Lili Barcelona.

—¡Necesito verla de nuevo!

—¿Quiere un consejo? Olvideme.

—La seguiré. ¡Averiguaré dónde vive!

Ella aspiró la humareda y tuvo una expresión dura.

—Usted se ha equivocado, amigo mío. *J'ai connu des hommes, mais ça ne fait rien*. Verse, amarse... Esto no cambia nada. No volverá a verme, *chéri*.

La ronda de locas me la robó con un tirón festivo. Ellos, todos ellos, se burlaban de mi fracaso; satisfechos, sin duda, al comprobar que mi masculinidad no conseguía arrebatarnos su tesoro. El más joven de todos pidió que Lili hiciera un *strip-tease* y ella, después de mucho hacerse de rogar, acabó aceptando. Le hicieron sitio. Mientras Carlos buscaba un chachachá de aquellos tan lentos como ambiguos, ella me apretó las manos.

—*Allez-vous-en. Je vous en prie...*

—Tendrá que ser con usted, Lili.

Recapitó un instante. Al cabo, esbozó la más cruel de sus sonrisas. Era como si hubiese decidido castigarme.

—Usted lo ha querido, *chéri*. Si prefiere la realidad a la fantasía, no se queje después.

La música era ardiente. De pronto, Lili Barcelona parecía envuelta por muchas plumas de entretenida *Belle Époque*. En el centro de la improvisada pista, sus caderas creaban un movimiento rotativo de atroz sensualidad. Envuelta por el humo, jugando con él, iba creando un espacio estrictamente privado. Yo no paraba de beber. El vodka recorría ante mis ojos un telón temblequeante. Las imágenes se desfiguraban. Mejor dicho: huía cualquier imagen que no fuese la de Lili Barcelona dejando caer el vestido y jugando con el cierre de un corsé escarlata con laticos verdes. Extasiada por su propio juego, como en el instante supremo de un rito pagano de alta estética, empezó a quitarse las medias al son de una trompeta Bassin-Street, continuó jugando

con ellas lentamente, perversamente, hasta que su mirada se encontró con mis ojos y su cuerpo quedó súbitamente inerte, como petrificado, en medio del espacio que ya le pertenecía.

De repente, se detuvo. Se puso las medias a toda prisa y exclamó:

—¡No puedo! ¡Hoy no! ¡El abrigo, los guantes! *Sono in fretta!*

La vi salir en un revuelo, sin darme tiempo a reaccionar. Cuando lo hice era demasiado tarde. Cuatro o cinco de sus adoradores hicieron una barrera para cortarme el paso, pero no me fue difícil apartarlos de un empujón. Alcancé el pasillo en el preciso instante en que la puerta se cerraba de golpe. Salí al rellano: no se oía el menor ruido. El ascensor seguía en su sitio. Corrí escaleras abajo. La puerta de la calle estaba cerrada. Era lógico: Lili Barcelona no había tenido tiempo de actuar tan deprisa. Tenía que vestirse, bajar corriendo, abrir la puerta, salir a la calle y volver a cerrar. Sin duda permanecía escondida en algún lugar del piso de Jaime. Volví a subir corriendo. Llegué en el momento justo en que los maricas iban a cerrar la puerta. Volví a derribarlos sin dificultad. Corrí por el piso, atropellándolo todo a mi paso, armando tanto ruido y tal griterío que un chico muy joven se quedó encogido en un rincón, como si acabase de llegar la policía.

Aullaba el nombre de Lili Barcelona. Los objetos bailaban una contradanza antojadiza; estaban empapados con mi ginebra y también de una melancolía por el sueño que huía de mis manos. Mi instante era una muerte amorosa de la que no quería prescindir. El deseo había sido demasiado intenso para agotarlo de golpe. Esta idea me horrorizaba. Abrí a puntapiés las puertas de todas las habitaciones, estancias cansadas de tiempo, llenas de remembranzas mortecinas que yo parecía exorcizar con mis aullidos...

Al acercarme a la habitación más pequeña percibí un rumor de sedas y terciopelos. El corazón se aceleró. ¡Lili! ¡Lili Barcelona! Y la boca se me llenaba de misterio.

Cuando abrí la puerta, Jaime se estaba quitando las medias a

toda prisa. Ya se había liberado de la peluca rubio-platino, pero no había tenido tiempo de limpiarse el carmín de los labios ni la pintura de los ojos. Fue para mí un impacto brutal, que mezclaba lo voluptuoso y lo grotesco provocando una suerte de terror infinito, que no podía nombrar. Me faltaba vocabulario para definirlo. Ni siquiera entonces supe cómo era. Si acaso, una sensación de vacío súbito, a la cual siguió aquella náusea que nunca me abandonaría.

Dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo. La cabeza me hería con mil imágenes de aquella noche y de tantas horas embellecidas con la posibilidad de Lili Barcelona. Pero ninguna imagen podía ser más brutal que aquella de un hombre asesinando sobre su cuerpo asqueroso la apariencia de una mujer deseable.

Me abrí paso entre los mariquitas que acudían en consuelo de su reina. Jaime o Lili o quien fuese aquella monstruosa criatura me llamaba a gritos, entre sollozos desesperados. No quería mirar atrás, siquiera para saciar mi furia a puñetazo limpio. Conseguí llegar a la escalera. Bajé despacio, arrastrando el cuerpo contra la pared. Me sentía lleno de asco, de vergüenza y sobre todo víctima de un agravio descomunal.

Jaime gritaba desde el rellano. Sus compañeros intentaban evitar que corriese tras de mí. Él seguía gritando explicaciones, disculpas, incluso votos de afecto. Era una imagen más grotesca que antes, con las lágrimas deshaciendo el rímel, la media resbalando por la rodilla, mostrando unas piernas peludas...

Anduve por un Ensanche desierto, que dormía ignorante de su propia realidad. Tampoco me importaba demasiado; pero me sentía profundamente herido sin dejar de pensar en las posibilidades que había intuido en Lili Barcelona. Sus ojos seguían siendo mágicos, su mito arrollador, y el recuerdo de Jaime repugnante.

Atravesaba no sé qué calle. Me sentía como un autómatas. Detrás de mí sonaron los gritos de Jaime, que aún me seguía. Después, un aullido muy largo, el golpe de un bulto lanzado contra los árboles y el violento frenazo de un coche.

Me volví y, a través de mis tinieblas, acaso vislumbré una catástrofe. Todos aquellos seres equívocos se inclinaban sobre un cuerpo amorfo, y alguien hablaba de muerte, y el taxista estaba muy agitado y decía que él no tenía la culpa, que la víctima había cruzado sin mirar y él no tuvo tiempo de verla. Pero todo me daba igual.

Un cuerpo ensangrentado, algo que no era ni hombre ni mujer, abrigo masculino sobre un modelo Pertegaz, medias arrugadas sobre unas piernazas peludas, unos ojos embadurnados de rímel, unos labios encendidos sobre un mentón que dejaba asomar la sombra de la barba...

Jaime y su criatura morían de ridículo sobre un baño de sangre.

El frío de la ciudad me dejó el rostro parecido a una superficie de mármol. Fue lo único que me agradó sentir. Los árboles se iban perdiendo a medida que yo avanzaba bajo sus ramas desnudas. Las mangueras regaban el Paseo de Gracia y la Navidad se acercaba, y un taxi me llevó a mi casa sin más contemplaciones. Me tragué dos vasos de leche, pero no tuve conciencia de ellos hasta recordar el sabor en la media vigilia.

Con el correr del tiempo, el sueño se fue prolongando en las formas más inquietantes de la masturbación que no se atreve a decir su nombre. Ella es lo único que me queda en ese cortejo de días abúlicos, paisajes tediosos, rostros vulgares, ideas maltrechas. En plena catástrofe de lo cotidiano, sólo la ambigüedad triunfa, se apodera de mí con una tiranía absoluta, con una precisión cancerosa. Y más allá de esa realidad carente de atractivos, poblada de seres anodinos, sólo sueño con volver a encontrar algún día el rostro artificioso y onírico, fantasmal e inestable de Lili Barcelona.

Invierno de 1964

Mayo de 1965